

---

Pérez Gómez, Gabriel, *Álvaro d'Ors. Sinfonía de una vida*, Madrid, Rialp, 2020, 697p. ISBN: 978-84-321-5276-4. 28€ 

Abreviaturas. Prólogo. *Curriculum vitae*. 1. *Adagio* de juventud (1915-1936. Infancia y juventud). 2. *Allegro vivace* (1936-1939). Tiempo de guerra). 3. *Andante* (1940-1988: estudio y docencia). 4. *Allegro maestoso* (1989-2003. Tiempo de jubilación. Índice onomástico.

Gabriel Pérez ha escrito una magnífica biografía de su suegro, el profesor e investigador Álvaro d'Ors Pérez-Peix, para la que ha dispuesto de todos los materiales recogidos o producidos por su biografiado a lo largo de los años.

Álvaro Jordi d'Ors nació en Barcelona el 14 de abril de 1915, en plena Gran Guerra, el último de los tres hijos de Eugenio d'Ors Rovira y María Pérez Peix. Nuestro protagonista nació en el mismo domicilio familiar, un sexto piso de la conocida como *Casa de les Punxes*, en la Diagonal, y fue bautizado a los nueve días de su nacimiento, en la tan barcelonesa fiesta de San Jorge. Como afirma el autor, en el momento en que se casaron, en la Barcelona de 1906, el matrimonio d'Ors Pérez podía considerarse poco corriente. Cinco meses antes de la boda, Eugenio —conocido pronto por el apelativo de *Xènius*— se había ido a vivir a París para trabajar como corresponsal de *La Veu de Catalunya*<sup>1</sup>. Los recién casados permanecieron en la capital francesa de forma estable hasta 1910. A su vuelta a Barcelona, los dos esposos, bien considerados como intelectuales y artistas, se integraron en los círculos culturales de la ciudad, al tanto también de lo que ocurría en el mundo y sobre todo en Europa.

*Xènius* es quien más fortuna hizo en estos ámbitos. Su prestigio intelectual llevó al primer *president* de la *Mancomunitat de Catalunya* (creada en 1914) y fundador de la *Lliga Regionalista de Catalunya*, Enric Prat de la Riba, a proponer a d'Ors para diversos cargos políticos tanto en la Diputación de Barcelona como en la propia Mancomunidad: director del *Institut d'Estudis Catalans* (1911), director de Educación Superior del Consejo de Pedagogía (1914) y finalmente director de Instrucción Pública (1917).

De María Pérez Peix «se puede decir que era una artista en el sentido más pleno» (p. 34): había estudiado música y danza y aprendió guitarra, cultivó la fotografía, se adentró en el mundo de la escultura, además de ser —algo excepcional para aquellos años— una magnífica amazona, que también practicaba el patinaje sobre hielo y la cesta punta.

De la infancia de Álvaro destacan sus nulas ganas de ir al colegio, algo que debió comprender su padre, que también había tardado mucho tiempo en hacerlo. Sus padres no mostraron un especial interés en procurarle una enseñanza normalizada. Pero pronto se hicieron intentos para resolver, aunque fuera de manera provisional, su carencia de

---

<sup>1</sup> Una buena biografía de *Xènius* es la de Jardí, Enric, *Eugeni d'Ors. Vida y obra*, Barcelona, Aymá, 1967 (1976); y también las de González, Antonio, *Eugenio d'Ors: el arte y la vida*, Madrid, FCE, 2010; Varela, Javier, *Eugenio d'Ors (1881-1954)*, Barcelona, RBA, 2017 y Navarra, Andreu, *La escritura y el poder: vida y ambiciones de Eugenio d'Ors*, Barcelona, Tusquets, 2018.



Universidad  
de Navarra

FACULTAD DE  
FILOSOFÍA  
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE  
HISTORIA DEL ARTE  
Y GEOGRAFÍA

## RECENSIONES

escolarización: su propia madre le enseñó a leer, y a escribir aprendería por su cuenta. Hay que tener en cuenta también que la familia materna de Álvaro pertenecía a la más representativa burguesía barcelonesa de finales del siglo. En este ambiente, los tres d'Ors Pérez-Peix tuvieron una existencia muy cómoda, aunque también es cierto que eran conscientes de las diferencias sociales dentro de la ciudad y de sus tensiones sociales y políticas<sup>2</sup>: entre los recuerdos de Álvaro se encuentra precisamente el de la difícil situación de Barcelona.

En agosto de 1917 moría el primer presidente de la Mancomunidad de Cataluña y protector de Xènius, Prat de la Riba, que fue sustituido por Puig i Cadafalch, con quien no se entendería Eugenio d'Ors, quien decidió que su mejor opción era la de irse de Cataluña, al menos durante unos años: optó por probar suerte en Madrid, lo que molestó en determinados ambientes catalanistas. Álvaro fue el último en trasladarse porque se estaba preparando para hacer su Primera Comunión, que recibió el 3 de julio de 1923 en las Reparadoras de Barcelona, donde vivía con sus abuelos.

En Madrid, la familia d'Ors Pérez Peix se instaló en el barrio de Salamanca, aunque al principio en condiciones muy precarias. Poco a poco su situación económica fue mejorando, a medida que Xènius encontraba en la capital trabajos más satisfactorios: el más importante sería la publicación del *Glosario* en el ABC, una trasposición al castellano del *Glosari* que en Barcelona editaba en *La Veu*. A ello hay que añadir que mantuvo su colaboración en *Las Noticias* y *El Día Gráfico* de Barcelona hasta 1926.

Además de hacer ejercicio remando en el Retiro o en el lago de la Casa de Campo, aficiones que impulsa sobre todo su madre, en Madrid Álvaro no pone pegas a las gestiones que hacen sus padres para escolarizarlo. En septiembre de 1923, se matricula en el mismo centro en el que ya estaba estudiando su hermano Juan Pablo: el Instituto-Escuela. Estudió allí los tres años de Preparatoria y después, entre septiembre de 1926 y junio de 1932, el Bachillerato: «nueve años que resultarían cruciales para el resto de su vida» (p. 65).

Como afirma el autor, el Instituto Escuela, de fuerte impronta krausista, fue una auténtica revolución para su época, ya que introdujo una serie de novedades como la supresión del sistema de premios y castigos o del orden por méritos en la clase; no había notas y la promoción de un curso a otro se hacía de acuerdo con el aprovechamiento global de los alumnos. Lo previsto, por ejemplo, era que las clases no superaran los 30 alumnos y que las «prácticas», casi desconocidas en otros colegios, se hicieran en grupos de no más de una quincena de escolares. Regía la coeducación, como atestigua el amigo de Álvaro, Juan Torroba Gómez-Acebo, que señala también la preferencia de los apuntes de clase sobre los libros: p. 69). Por lo que se refiere al plan de estudios, además de las asignaturas que se cursaban en los centros estatales (algunas de ellas ampliadas), se incluían aquí el griego, el francés, el inglés y el alemán, la música y los trabajos artísticos y manuales. Como parte del programa —y era algo a lo que se daba especial importancia— los escolares debían hacer visitas al campo, museos y otros lugares de interés. También

---

<sup>2</sup> Para la Semana Trágica de Barcelona (1909), se debe citar el magnífico libro de Romero-Maura, Joaquín, *La rosa de fuego. El obrerismo barcelonés de 1899 a 1909*, Barcelona, RBA, 2012.

## RECENSIONES

los alumnos del Instituto-Escuela fueron pioneros en los «viajes de estudios», desconocidos en la España de entonces. La promoción de Álvaro hizo el suyo por Andalucía y Marruecos (pp. 66-67); y, como recordaba muchos años después el propio Álvaro, «el torno de alfarero, las colecciones de insectos, el dibujo de mapas y las traducciones fueron también de importancia en su primera formación». A pesar de la falta de interés en el IE por las calificaciones y clasificaciones, Torroba asegura que Álvaro era el primero de la clase, como le ocurriría después en la Universidad y en el ejercicio de su profesión (p. 72).

Contra lo que cabía esperar en un ambiente laicista, propio de los discípulos de Giner de los Ríos que regían el centro, en él se respetaban (recordaba después d'Ors) las creencias religiosas de los alumnos. «Quizá pueda atribuirse a ese estilo “institucionista” un afectado respeto por la intimidad religiosa, afirmaba años después Álvaro. Se impartía enseñanza de Religión cuando los padres así lo deseaban (...). A pesar de proceder muchos alumnos de estirpes intelectuales, y de izquierdas, la mayoría “dábamos” Religión, pues recuerdo que, en mi curso al menos, había dos grupos aproximadamente iguales, y uno de ellos lo componíamos los que estudiábamos, a la vez, Religión e Inglés, de modo que debía haber alguno más de Religión y Alemán, el otro idioma alternativo (aparte del Francés que no era electivo). Por otro lado, aunque es verdad que nada se hacía por fomentar la vida de piedad, que se dejaba al cuidado de los padres, cuando se organizaban excursiones los domingos, se salía siempre a tiempo para que —se decía expresamente— los que quisieran pudieran haber asistido antes a Misa» (pp. 68-9)<sup>3</sup>.

Según los planes de estudio del momento, los alumnos debían elegir a partir del cuarto curso de bachillerato entre Ciencias y Letras, opción esta última por la que claramente se inclinó Álvaro, junto a Juan Barnés, Juan Torroba, Manuel Pausa y Joaquín Sánchez Covisa, además de chicas como Carmen García Parra, quizá una de las mejores amigas de Álvaro en aquella época. Dicha elección era todo un privilegio, dado que, siendo menos los de letras, sus profesores eran capaces de estimular su interés de manera más personal. De Álvaro dice Caro Baroja: «Álvaro d'Ors fue en su clase, antes de que estudiáramos juntos, y en la mía, un modelo de alumno aplicado y tenía personalidad (...). Él era religioso, yo no (...). d'Ors era buen compañero de clase (...). Barnés representaba el ala izquierda de la clase, d'Ors la derecha, yo la disconformidad. Los otros (...) condiscípulos rumiaban su insignificancia de modo pacífico»<sup>4</sup>.

Pero no todo, ni mucho menos, eran el estudio y la política. Hasta terminar el bachillerato, en 1932, Álvaro también desplegó una importante actividad extraescolar, que le llevó a convertirse en periodista, orador y deportista, entre otros menesteres. Los redactores de *Juventud*, aunque procedían de diversos colegios, tenían en común el ser

<sup>3</sup> Otra visión de este mismo asunto, que sostenía que eran muy pocos los que seguían la clase de religión, es la que ofrece Caro Baroja, Julio, *Los Baroja (Memorias familiares)*, Madrid, Caro Raggio, 1997. En p. 148 dice don Julio: «la proporción de los que estudiábamos Religión era pequeñísima: unos seis o siete sobre treinta».

<sup>4</sup> Caro Baroja, Julio, *Los Baroja (Memorias familiares)*, Madrid, Caro Raggio, 1997, p. 77. Como consecuencia de su trato con Caro Baroja, Álvaro se interesó por asuntos de etnología vasca de los que aquel ya hablaba con pasión. Casi al final de sus días, los dos amigos recibirían el premio de la Sociedad de Estudios Vascos, *Eusko Ikaskuntza*.



Universidad  
de Navarra

FACULTAD DE  
FILOSOFÍA  
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE  
HISTORIA DEL ARTE  
Y GEOGRAFÍA

## RECENSIONES

un grupo de hijos de intelectuales de la época, como Gregorio Marañón Moya, Miguel Moya Huertas, Miguel Germán Ortega Spottorno, Joaquín Sánchez Covisa, Rafael Gasset y Dorado, Luis López Roberts, Juan Pérez de Ayala, Fernando Ruiz Morales, Carlos Pitaluga y Enrique Miret Magdalena. Spottorno y d'Ors eran los más jóvenes de todo el equipo (pp. 80-83; es de notar el elogio de Ortega y Gasset al joven d'Ors).

El año 1931 va a marcar la vida del joven Álvaro porque descubrió, en un curso impartido en Londres, su interés por los clásicos; pero el fin del bachillerato coincidió con la caída de la Monarquía, de cuyo impacto sobre Álvaro no parece haber ninguna noticia; meses después, en octubre de 1932, Álvaro se matriculó en la Facultad de Derecho de la Universidad Central, en el viejo caserón de la calle de San Bernardo. Un año más tarde se inscribió también en la Facultad de Filosofía y Letras, en la naciente Ciudad Universitaria que había promovido Alfonso XIII. El examen de ingreso en Filosofía lo hizo con el entonces Decano, el conocido filósofo Manuel García Morente.

Pero Álvaro se inclinó pronto por su formación jurídica. Bajo la dirección de Don José Castillejo<sup>5</sup>, un conocido «institucionista», se encamina pronto por el Derecho Romano, que habría de ser toda su vida el principal de sus intereses intelectuales. No obstante, Álvaro acude también a algunos de los seminarios y cursos monográficos que se desarrollaban en el Centro de Estudios Históricos, dirigido por Ramón Menéndez Pidal, por quien Álvaro sentía profunda admiración.

Las relaciones con Castillejo fueron excelentes, como también las que mantuvo con su discípulo Ursicino Álvarez Suárez. Según el autor, «esta buena sintonía entre maestro y discípulo se refiere fundamentalmente al ámbito académico, ya que en el terreno de las convicciones personales no ocurría lo mismo. Castillejo era un hombre cuyo pensamiento en materia religiosa, filosófica y hasta política estaba muy lejos del de su alumno». Como escribió d'Ors muchos años después, al hilo de la lectura del libro ya citado de Luis Palacios, «Castillejo, hombre muy dotado para la gestión y la organización económica, no sin cierto sentido de la justicia y con buena dosis de austeridad y sentido común, fue un fanático liberal, al estilo volteriano (...). Este libro muestra hasta qué punto fue decisivo en su vida el encuentro con Giner de los Ríos, que le hizo perder la fe» (pp. 100-103).

En estos momentos, dos años antes del estallido de la guerra, Álvaro recibe un duro golpe: su vida, hasta entonces rodeada del cariño y la estimulante personalidad de sus padres, se enfrenta a la decisión de estos de divorciarse: algo a lo que Álvaro se refirió muy poco a lo largo de su vida, pero que fue un divorcio sonado, suficientemente conocido en su momento y aireado por la prensa, porque se trataba de uno de los primeros (el primero fue el de Constanza de la Mora Maura y Manuel Bolín Bidwell)<sup>6</sup>, que tuvieron

<sup>5</sup> Sobre Castillejo, discípulo de Giner de los Ríos y desde 1905 catedrático de Instituciones de Derecho Romano, que moriría exiliado en Londres, ver Palacios Bañuelos, Luis, *José Castillejo. Última etapa de la Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, Narcea, 1979. Interesa también la versión del ambiente cultural de la época que ofrece su esposa, la inglesa Claremont, Irene de, *Respaldada por el viento*, Madrid, Castalia, 1995.

<sup>6</sup> Las Cortes de la II República promulgaron la ley del divorcio el 2 de marzo de 1932. Ver Escalera y Gayé, Santiago de la, *Ley del divorcio de 2 de marzo de 1932: texto íntegro, debidamente concordado con la legislación anterior... notas de la legislación extranjera y comentarios*, Madrid, Góngora, 1932; y Barroso González, Luis,

## RECENSIONES

lugar en España después de la aprobación en 1932 de la correspondiente ley por el gobierno republicano. Ambos eran contrarios al divorcio como recurso para arreglar los problemas de un matrimonio; no obstante, se produjo el divorcio y, a partir de entonces, el distanciamiento entre Xènius y la familia Pérez-Peix fue total. Pasado el tiempo, en los meses finales de 1938, cuando el gobierno de Franco derogó la ley del divorcio, Álvaro intentaría que el matrimonio se reconciliase, pero los Pérez-Peix se opusieron frontalmente a esta posibilidad. Una cuestión de la que Álvaro jamás hablaría a su familia y que concluyó —digámoslo así— con el fallecimiento del padre en 1954; su madre fue muy longeva.

En junio de 1936 Álvaro tomó una decisión que para historiadores y juristas cercanos a él tendría una gran trascendencia: la de comenzar a emplear unos cuadernos para recoger en ellos todo lo que de personal o profesional sería útil para su memoria. «En el momento de la muerte de su autor, la colección de libretas de hule negro había llegado a ser de 77 tomos, sobrepasando la página 8.000 (correlativamente numeradas), a pesar de que apenas escribió en ellas durante los últimos años de su vida» (pp. 112-113). Como es natural, estos documentos constituyen una fuente de información esencial sobre su biografía y obra.

La guerra civil española fue, a mi juicio, un acontecimiento mucho más importante en la vida de Álvaro d'Ors que lo que permiten pensar sus parcos escritos sobre su participación en ella. Como había escrito su padre, «los que hacen la guerra no la cuentan y, mucho menos, la cantan»; hasta su evasión no hay prácticamente noticias «bélicas» de Álvaro<sup>7</sup>, quien pasó en Argentona, en la casa de su abuela materna, hasta junio de 1937, llevando su diario, estudiando y escribiéndose con los demás miembros de su familia, muy dispersa tanto en España como, en el caso de su padre, en Francia. Solo un año después de iniciada la contienda, Álvaro opta por implicarse directamente en el conflicto, «porque si la revolución es desorden, la guerra —a pesar de todo— presupone un orden», afirma (p. 144). Álvaro decidió salir de la zona republicana y pasarse al bando nacional, algo que tenía que hacer clandestinamente: terminó por entrar en contacto con una red dedicada a pasar fugitivos a Francia y formada por elementos de *Estat Catalá*, el partido de Francesc Macià<sup>8</sup>. No sin dinero de por medio —monedas de oro o plata—, le proporcionaron un salvoconducto en el que debía constar la población fronteriza de destino y los motivos del desplazamiento<sup>9</sup>. Apenas hay alguna referencia a las circunstancias de la fuga desde

---

*Estudio y exégesis de la ley de divorcio de 2 de marzo de 1932 y actualidad de la problemática en torno al principio de la indisolubilidad del matrimonio*, Madrid, Universidad Complutense, 1983. Como en otros países europeos que habían aprobado el divorcio en las décadas anteriores, los primeros casos correspondieron a personas pertenecientes a familias aristocráticas o de la alta burguesía. Para el caso citado en el texto, pueden verse las memorias de los dos protagonistas: Mora, Constanza de la, *Doble esplendor. Autobiografía de una mujer española*, México, Atlante, 1944; e Hidalgo de Cisneros, Ignacio *Memorias. I. Cambio de rumbo*, Paris, Sociéte de la Librairie du Globe, 1964.

<sup>7</sup> Ors, Eugenio d', «Los que vuelven de la guerra», *Nuevo Glosario* (III), p. 539. La glosa original se publicó en *Arriba España*, de Pamplona.

<sup>8</sup> Jardí, Enric, *Francesc Macià, president de Catalunya*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1981.

<sup>9</sup> Antes de abandonar su refugio de Argentona, recibió la visita de su prima Ana María Pérez Bofill, con la que tenía una íntima amistad. En aquella ocasión, Álvaro se enteró de la vocación religiosa que ella sentía y a la



Universidad  
de Navarra

— FACULTAD DE  
FILOSOFÍA  
Y LETRAS

— DEPARTAMENTO DE  
HISTORIA DEL ARTE  
Y GEOGRAFÍA

## RECENSIONES

Puigcerdá a Francia: que solo eran tres fugitivos y que el guía —lo contó Álvaro muchos años después— les abandonó, dándoles unas vagas indicaciones para poder llegar a territorio francés, al que providencialmente llegaron.

Álvaro no acudió directamente a la España nacional, sino que decidió viajar a París, donde vivía su padre. Allí tuvo una conversación telefónica con su maestro Castillejo, que tenía ambiciosos planes de formación para él; Álvaro no aceptó y la relación con Castillejo terminaría en una «ruptura triste» (p. 178). El joven d'Ors llegó a la frontera de Irún el 24 o 25 de junio de 1937. En sus *Cuadernos Personales* no hay constancia alguna de su evasión. Sólo una apostilla: «¡Gracias, Señor, por tanto favor! Por la fuga en Francia y Zona Nacional» (p. 180).

Álvaro se incorporó a un regimiento de Ingenieros en la Ciudadela de Pamplona. Mientras se preocupaba por localizar y escribir a sus amigos dispersos, buscaba otra unidad militar en la que prestar servicio y cuyo ambiente fuera más estimulante, pero solo a fines de agosto tenemos nuevas noticias suyas, que le sitúan en Burgos, en el ejército regular. Reanudó la redacción de sus *Cuadernos Personales* y la relación con muchos de sus amigos. En marzo de 1938 protagonizó un hecho insólito: por voluntad propia se convirtió en un desertor, en un prófugo muy especial que huyó de la cómoda retaguardia para unirse a los requetés en el frente de Guadalajara, concretamente al Tercio de Burgos-Sangüesa, en el que, y esto puede explicar su decisión, estaba ya su hermano Juan Pablo como oficial médico. Pronto fue nombrado cabo. En este contexto, como requeté carlista, siente que por fin está en su sitio. En su escuadra se reza el rosario todos los días.

Años después escribe d'Ors: «yo recuerdo (...) cómo en la Batalla del Ebro, en el verano de 1938, la reacción del Ejército nacional ante la gran ofensiva del adversario era calamitosa, hasta que un día todos empezamos observar que las cosas se ordenaban, que no éramos ya movidos de un lado a otro del frente sin orden ni concierto, y que la resistencia se organizaba con esperanzas de éxito. ¿Qué había pasado? Poco tardamos en saberlo: Franco había llegado al Ebro para dirigir personalmente las operaciones» (pp. 206-207).

El Tercio de Burgos-Sangüesa, junto con el de Montserrat al norte y el Batallón de San Quintín al sur, se desplegaron a partir del 12 de agosto en el sector de Gandesa, «quizá el lugar más emblemático de los relacionados con la guerra civil española por la fiereza de los combates que se libraron allí»<sup>10</sup>. En aquella descomunal batalla, nuestro protagonista hizo algunos descubrimientos que le servirían para toda su vida: desde el punto de vista militar, la importancia de la serenidad y de la economía de la munición; en el plano humano y sobrenatural, el descubrir un devocionario en el macuto del cadáver

---

que se entregaría una vez terminada la guerra (ingresó en la Compañía de Santa Teresa de Jesús). «Yo le hablé —cuenta su prima— de ser sacerdote y me contestó: «prefiero ser un buen casado que un mal sacerdote». En aquel momento, Álvaro no tenía perspectiva próxima de casarse (pp. 168-169).

<sup>10</sup> La bibliografía de historia militar sobre la guerra civil española y, en concreto, sobre la Batalla del Ebro es muy abundante y útil. Sin embargo, para esta última batalla recomiendo la lectura del libro de Pérez-Reverte, Arturo, *Línea de fuego*, Barcelona, Penguin Random House, 2020.

## RECENSIONES

de un soldado republicano, así como la importancia, para sí mismo, de llevar siempre consigo un crucifijo y un «deténte»<sup>11</sup>.

A partir del Ebro la trayectoria militar de Álvaro fue bastante regular: en septiembre de 1938 fue Caballero Cadete Aspirante a Oficial Provisional, destinado en la Academia de *Dar Riffien*, a seis kilómetros de Ceuta; en noviembre del mismo año, Alférez Provisional, con el número trece de su promoción; en diciembre, Alférez-Capitán del 217 Batallón de Ametralladoras Sicilia 8, con destino en Lodosa (Navarra), una vida al parecer muy aburrida. En enero de 1939 le dieron ocho días de permiso para viajar a la Barcelona recién liberada y ver a su familia materna. El 22 de febrero de 1939 le llegó la noticia que más esperaba: podía volver a ponerse su boina roja, pues consiguió que se le destinara finalmente a los requetés, y en concreto al Tercio de Navarra. En él le llega la paz. Y a pesar de los rumores del próximo conflicto internacional, que se iban intensificando en esos días, nuestro protagonista empezó a hacer planes para la vida civil: terminar la carrera de Derecho, licenciarse y seguir con sus estudios universitarios. Concluye su actividad militar desfilando al frente de su unidad por las calles de Madrid en lo que vino a llamarse el *Desfile de la Victoria*, que simbolizaría el fin de la contienda (pp. 220-242).

La guerra significó para Álvaro más de lo que se podía prever: «[La guerra] fue para mí, estudiante de la Central que tenía en la cabeza un desmesurado plan de estudio y sólo pensaba en el mundo de las letras, la gran experiencia. Gracias a la guerra, el estudiantillo madrileño se hizo un hombre familiarizado con la muerte, responsable y piadoso» (p. 245).

Ya en el verano de 1939 se produjo la vuelta a la universidad en toda España. El 6 de junio de 1939 se publicaba una Orden «sobre cursos abreviados y exámenes en las Universidades» destinados a recuperar el tiempo perdido de quienes habían visto interrumpidas sus carreras por la guerra. Álvaro, que había llegado a cursar hasta cuarto de Derecho y el equivalente de Filología Clásica, se propuso conseguir la licenciatura en Derecho, aparcando la Filología Clásica. Los exámenes extraordinarios (los exámenes «patrióticos») los superó Álvaro con holgura.

Ya licenciado en Derecho, su próximo objetivo fue la reintegración plena a la universidad. El que había sido adjunto de Castillejo, Ursicino Álvarez, le propuso que se ocupara de uno de los cursos intensivos de Derecho Romano que la nueva legislación establecía. Era el primer paso en una carrera académica plena de éxitos, difícil con todo de exponer brevemente, dada su amplitud y riqueza, pero que se puede sintetizar en tres etapas: el Doctorado y las oposiciones, sus meses como Catedrático de Derecho Romano en la Universidad de Granada (diciembre de 1943-junio de 1944); el acceso, en el otoño de 1944, a la misma plaza en la Universidad de Santiago de Compostela; y finalmente, en el verano de 1961, su traslado a lo que entonces todavía era el Estudio General de Navarra. En la Universidad de Navarra trabajaría Álvaro d'Ors hasta su jubilación en 1989, y no solo como Catedrático de Derecho Romano, sino también, desde 1962 hasta 1972, como Bibliotecario General de la Universidad. Como él mismo explicó, «creo que

---

<sup>11</sup>. El «deténte, bala», llevado sobre el pecho, en el que estaba grabada la imagen del Corazón de Jesús, era uno de los signos distintivos de los requetés. Solía llevarse prendido con un imperdible que a veces se perdía.



## RECENSIONES

era algo heredado de mi padre, al que Cataluña debe unas bibliotecas y una escuela de bibliotecarias que fueron ejemplares» (p. 483).

No voy a entrar en la actividad investigadora de Don Álvaro, en su publicación de manuales para su asignatura (el más importante, el *Derecho Privado Romano*, en su peculiar y muy fecundo método de enseñanza: ya en primer curso de Derecho organizaba seminarios para sus mejores estudiantes), como tampoco en los múltiples reconocimientos nacionales y extranjeros que su labor académica mereció. Y no lo voy a hacer, no porque no sean importantes (baste con consultar el libro que estamos reseñando), sino porque hay en la vida de Don Álvaro otras dos facetas que son aún más decisivas: en primer lugar, su vida matrimonial: el 8 de septiembre de 1945 se casó con la pontevedresa de Puente-Candelas Palmira Lois Estévez, que dio a luz once hijos y con la que convivió hasta la muerte de Palmira en la madrugada del lunes 27 de enero de 2003.

Pero queda, en la biografía de Don Álvaro, una realidad clave, sin entender la cual no es posible entender su vida. En los primeros días de 1941, Álvaro vivió un acontecimiento que iba a tener una relevancia muy especial para el resto de sus días: conoció a un sacerdote de 38 años que en 1928 había fundado el Opus Dei, institución entonces poco conocida. La relación de don Álvaro con el Opus Dei está mal estudiada o quizá sería más justo decir que no está tratada de manera convencional. Es cierto que el autor habla de la vocación de su suegro al Opus Dei como una vocación personal, que no se extiende a su familia, y también que precisa que don Álvaro era miembro supernumerario de la Obra. Algo puedo añadir yo: según el boletín *Romana*<sup>12</sup>, publicación interna del Opus Dei, don Álvaro pidió la admisión en la Obra en 1949. Pero también lo es —y me parece importante señalarlo— que, en las 200 últimas páginas de su libro, el autor pone el énfasis en lo que podríamos llamar la espiritualidad personal e íntima de su protagonista, para nada distante de la vía que abrió san Josemaría. Basta para mostrarlo el discurso que pronunció ante don Felipe de Borbón cuando recibió —sobre todo por sus trabajos sobre el Fuero Nuevo de Navarra— el Premio Príncipe de Viana de la Cultura el 5 de julio de 1999. Se trata de un discurso largo (pp. 638-640), pero es suficiente citar algunas de sus afirmaciones, sin entrar en las también muy importantes que hace sobre la figura del rey, afirmaciones éstas últimas (puede decirse) de teología política:

«El rey, defensor de un pueblo, un padre que vela por sus hijos, que recibe su potestad de Dios, porque toda paternidad viene de Dios y, por lo tanto, también el rey recibe su paternidad, como rey, de Dios. Rey por la gracia de Dios.

Esta relación de paternidad es una relación de amor y, como siempre, en las relaciones de amor el que empieza amando es el superior, pero también el que es superior debe empezar por amar, igual que Dios empieza por amar a sus hijos y luego correspondemos nosotros (...).

¿Qué es el amor? El amor es la voluntad de unir la perfección de otra persona a la propia. La perfección es la santidad y, por lo tanto, lo que el pueblo requiere de un rey para amarle, para corresponder al amor del rey, es que sea santo. Por lo tanto, el ideal de un rey es figurar en la historia como santo canonizado, como tantos reyes santos

---

<sup>12</sup> *Romana*, enero-junio de 2004, p. 100.

## RECENSIONES

canonizados que ha conocido la Historia. Por eso, Alteza, no quiero prolongarme más, quisiera únicamente pedir a Dios que guarde a vuestra Alteza y le haga santo».

Después de una larga agonía, que se prolongó durante todas las Navidades de 2002-3, Palmira Lois falleció en la Clínica Universitaria de Navarra el 27 de enero de 2003. En aquellos días difíciles fue a visitarles don Javier Echevarría, el prelado del *Opus Dei*, que les recordó el cariño que les había tenido en vida san Josemaría. En cuanto a Álvaro, que ya había tenido un infarto de miocardio por la calle, en Pamplona, el 5 de enero de 1983, ingresó de nuevo en la Clínica Universitaria a comienzos de 2004 y, después de una aparente mejoría, falleció inesperadamente el 1 de febrero de 2004. Pero antes de estas muertes ineluctables y cristianas, el matrimonio d'Ors Lois tuvo la alegría de celebrar, el 5 de agosto de 1988, en Pontevedra, sus bodas de oro, rodeados por su prole completa. La ceremonia la celebró Don Federico Suárez, que acudía a menudo a casa de los d'Ors. El matrimonio recibió ese día la felicitación de muchos amigos; pero hubo dos que a don Álvaro le hicieron especial ilusión: la del prelado del *Opus Dei* —que les dirigió una carta por fax— y la del rector de la Universidad de Navarra. Don Álvaro agradeció las felicitaciones en carta a Alejandro Llano Cifuentes, el rector de Navarra: «Al agradecimiento profundo que debemos a Dios por haber podido llegar nosotros a los cincuenta años de matrimonio, se une el que debemos a tantos amigos que nos han acompañado cordialmente en esta feliz celebración. Nos honró don Federico Suárez viniendo de Madrid para celebrar la Misa en familia y en la preciosa Iglesia de las Claras, y comer luego con nosotros; pero son muchos los testimonios, orales y escritos, que hemos ido recibiendo, de emocionante simpatía. En especial, nos conmovió un “fax” del Padre con su bendición en palabras memorables» (pp. 620-621).

Gabriel A. Pérez Gómez (Guadix, 1961) es doctor en Ciencias de la Información y periodista. Ha sido director de Televisión Española en Navarra, presidente de la Asociación de la Prensa de Pamplona y Premio Nacional de Periodismo del Ministerio de Sanidad. Actualmente es profesor de Narrativa audiovisual en la Universidad de Navarra. En 1976 contrajo matrimonio con la hija mayor de Álvaro d'Ors, lo que le permitió vivir de cerca y conocer de primera mano muchos de los acontecimientos que se relatan en esta biografía. Es también autor de los libros *La confesión de Joaquín Grau* (2019) y *Le pusieron Libertad* (2021).

Ignacio Olábarri Gortázar  
Universidad de Navarra



Universidad  
de Navarra

FAULTAD DE  
FILOSOFIA  
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE  
HISTORIA  
DEL ARTE  
Y GEOGRAFIA